

MI VIAJE AL CAMPO

Ivana Moyano - 5° B

Había una vez una niña llamada Gabriela y esa niña era yo. Les voy a contar una de mis experiencias que tuve a los 10 años cuando nos mudamos al campo.

Todo empezó un día cuando venía del colegio con unas amigas y vi frente a casa un camión de mudanzas. Pensé que se trataba de los vecinos pero cuando abrí la puerta, nuestro departamento estaba vacío excepto un montón de cajas. Entré a mi habitación y encontré a mi hermana mayor, Valentina, descolgando la ropa del armario. Confundida, le pregunté qué estaba pasando. Me miró con un gesto raro, luego me respondió que el viernes en la tarde nos mudaríamos al campo como lo habían ya anunciado papá y mamá.

Seguramente es una broma tuya. Le dije pero ella me confirmó la noticia. Cuando terminé de vaciar mi habitación, oí a mamá quien llegaba con mi hermanito Tomás. Me contó que el abuelo estaba muy enfermo y que a papá había sido transferido por un año al centro más grande de producción de leche ubicado en el campo. Me preguntaba qué pasaría con mis amigas, mi colegio, mi vida y, a la vez, no me imaginaba ordeñando vacas, alimentando gallinas, limpiando pesebreras.

Con todas estas preguntas en mi cabeza que pesaban más que el camión del trasteo, partí con mi familia hacia el campo en un día lluvioso. No recuerdo muy bien la llegada pero a la mañana siguiente mi abuelo me preguntó por qué no los había saludado. Me quedé en silencio esperando verlo fruncir el ceño pero lo único que encontré fue una sonrisa. Me abrazó y me contó historias de cuando mi mamá era pequeña. Historias que cuando caminábamos juntos, se multiplicaban mientras iba aprendiendo a recoger los huevos en el gallinero, cepillar con cariño a los caballos, tomar leche tibia del ordeño y jugar con los niños del campo.

Aún recuerdo el primer día de colegio. Se llamaba San Bartolomeo. Llegué y en silencio me senté en mi nuevo puesto, después sonó el timbre y todos llegaron corriendo al salón- Todos me miraban, escuché que la profesora les decía que había una nueva estudiante llamada Gabriela, o sea yo. En el recreo conocí a Sandra quien llegó a ser mi mejor amiga, sin que por ello dejara de extrañar a mis amigas. Todos los estudiantes me preguntaban cómo era la ciudad y yo me divertía contándoles, estudiando con ellos y jugando en los recreos.

Poco a poco el abuelo se fue sintiendo fuerte como antes, papá llegaba contento y tranquilo del trabajo y yo recibía cartas y fotos de mis amigas de la ciudad. ¡Además tenía un novio llamado David!

Ahora mi cabeza era liviana y me sentía feliz porque había aprendido a compartir de una nueva manera. Fue en ese momento cuando mamá nos anunció el regreso pero esta vez no me preocupé pues ya sabía que el mundo era más grande de lo que pensaba hace un año y que siempre hay gente linda en todas partes.

FIN